

El Porvenir del Obrero

N.º 114

4 Octubre 1902

Número suelto 5 cts.

Oficinas: Castillo 59.— Mahón (Baleares)

Trimestre 1 peseta

Seamos egoístas

Durante siglos se ha predicado á los hombres la resignación y la aceptación del sufrimiento. La raza dominadora ha puesto en esta predicación todo su empeño y ha inventado una moral y un concepto de la honra de conformidad con sus conveniencias y en contra de las conveniencias de los trabajadores. Estos han caído en el lazo, han aceptado las ideas que les daban falsificadas, y de ahí en gran parte proviene su malestar.

Se ha hecho creer á los trabajadores que era justo que ellos padeciesen para proporcionar el bienestar á los privilegiados. Se les ha hecho creer que era malo, inmoral, deshonesto cuanto pudieran hacer para mejorar su situación. En cambio, se les ha presentado como virtud, como honradez, todo cuanto había de contribuir á mantenerles sujetos y sumisos.

Van perdiendo su antiguo prestigio las religiones, que fueron inventadas para entretener á los desheredados de la tierra, haciéndoles creer en otra vida fantástica, á fin de que no se preocuparan de las injusticias de la presente y dejaran en paz á los que gozan de todas sus ventajas. Van decayendo las religiones, pero su espíritu perdura, ejerciendo maléfica influencia en muchos que blasonan de pensadores independientes cuando sólo han llegado á desembarazarse de las preocupaciones más groseras.

Cierto moderno liberalismo, lírico y sentimental, mejor que combatir á las religiones parece empeñado en sustituirlas haciendo sus veces. Las ideas cristianas, que produjeron tan funestos resultados, parecen renacer bajo nuevas reformas. No nos dicen ya que maceremos nuestras carnes ni se nos exige la *renunciación de sí mismo* que predicaron los místicos; pero todavía se condenan las pasiones y son recriminados los egoístas.

¡Cuántas declamaciones contra el egoísmo, por no querer comprender que la gran desgracia de los hombres consiste precisamente en que *no se aman bastante á sí mismos*, en que no saben afirmar su individualidad, ni procurar el bienestar propio!

Si los hombres fuesen egoístas, si estuviesen decididos á vivir bien y á no tolerar lo que les es dañoso á su vida, á su libertad y á su bienestar: ¿adonde irían á parar los tiranos y los explotadores? El juego de estos consiste en ser egoístas y en predicar á los demás que no lo sean. La defensa de sus víctimas sólo puede consistir en ser tan egoístas como ellos y en saber serlo, racionalmente, enérgicamente.

El pueblo desconoce que el principal deber de todo hombre es comer bien, abrigarse contra la intemperie, trabajar con moderación y cuidar de la salud y la limpieza del cuerpo. El faltar á estos deberes no lo castigan las leyes hechas por los pri-

villegiados para dominar al pueblo pero lo castigan las leyes de la naturaleza. Los contraventores sufren hambre, frío, fatiga, enfermedades y muerte prematura. ¿Qué valen todas las leyes escritas y todos los deberes impuestos por la moral burguesa enfrente de las leyes y deberes naturales?

Los defensores del régimen actual, después de haber hablado mucho contra el positivismo y el *grosero materialismo*, cuando reparan que no se les escucha, cuando se convencen de que no podrán matar en los demás el egoísmo, porque es esencialmente humano, incurren en una contradicción que conviene hacer notar, transigiendo y aun alabando el egoísmo de cada uno y procurando aislarlo, á fin de que no llegue á formarse el colectivo, la asociación para el bienestar de todos, que es lo que los explotadores temen, porque es lo que ha de derribar el soberbio edificio del injusto privilegio. «No seas egoísta», dicen primero; pero cuando temen que esta táctica les fracase entonces dicen: «sé egoísta para tí solo, no te juntes con los que sufren los mismos males». El comprender esto tiene importancia decisiva para los trabajadores.

Cada uno de por sí es una fuerza insignificante enfrente de la organización social burguesa. El egoísmo aislado de cada uno tiene poco valor y no puede lograr sus propósitos. Por cada uno que consigue emanciparse de la esclavitud del salario, son muchos los que caen cada día en la extrema miseria. Para no esforzarse inútilmente, para no caer más bajo á cada esfuerzo, hay que seguir otro camino, y ese camino no puede ser otro que el de la asociación.

El instinto de asociación es natural en el hombre. La solidaridad es una forma del instinto de la especie, una extensión del de la familia. La asociación es necesaria para cumplir aquellos fines que el esfuerzo individual no alcanza. En ella encuentran su fuerza los que aisladamente son débiles. Los trabajadores unidos y solidarios constituirán una fuerza capaz de derribar la organización de la sociedad presente, sustituyéndola por otra en que las necesidades de todos sean satisfechas y la felicidad de cada uno sea posible.

Engañan á los trabajadores, con igual perversa intención, los que les aconsejan que no sean egoístas, que no se preocupen por su bienestar en esta vida, y los que les aconsejan que procure cada uno ese bienestar para sí solo, sabiendo que esto no ha de poder lograrlo. No escuchemos á los unos ni á los otros.

Seamos egoístas, pero seámoslo con inteligencia.

M.

No hay otra historia digna de interés que la de los pueblos libres; la de los pueblos sometidos al despotismo es una colección de anécdotas.—CHAMFOR.

Lo que sueñan los niños franceses

Su madre había dejado de mecer la cuna. Pepito, tendido en ella, entreabría su boquita de coral para pronunciar palabras ininteligibles. Por la frente del niño, despejada y hermosa, caían rizos de oro y sus dos mejillas parecían dos rosas. El niño dormía y soñaba. Soñaba, sin duda alguna, porque hablaba quedito como el céfiro y tenía los ojos cerrados. La madre miró al hijo con la ternura con que miran las madres y no pudo contener el beso que á saltos de gigante salía de sus labios. ¡Qué hermoso era Pepito con su sonrisa de ángel, su cabello de oro y su cara de flor! El beso de la reina entre las reinas, de las heroínas entre las heroínas, beso apasionado y tierno, el más santo de los besos, porque es el menos interesado, despertó á Pepito.

—¿Por qué reías, ángelín? le preguntó su madre. Y Pepito, con su voz argentina y su hablar defectuoso aún por los pocos años, contestó:

—Sácame los juguetes.

—¿Qué juguetes?

—¡Ay qué tonta! Los que me has traído de la feria.

—¿De la feria?

—Sí, mamá. Me has traído un caballo, un sable y un kepis para matar alemanes.

—¿Por qué has de matar tú alemanes?

—¡Ya lo creo que los he de matar! Porque son malos. El maestro nos lo dice diariamente, nos habla de revancha, de las glorias de Francia, de la superioridad de los franceses... Y ya ves....

Con este ideal tan generoso salen los niños de las escuelas que sostiene el Estado francés. Mientras ellos sonríen soñando y sueñan lo que Pepito ha soñado, porque lo oigan en las escuelas, Francia será una nación histórica, pero no una nación de porvenir. Será, sí, de porvenir cuando, tendidos en sus cunas, todos los Pepitos piensen sonrientes en el agua, el sol y la tierra que fecundizan; en las herramientas de labranza, que dan vida y vigor, porque dan salud y alimentos; en la naturaleza, sus leyes y armonías, que, con las mujeres, las flores, los bosques y las pasiones, crean el arte; en la necesidad de mejorar nuestra vida, que es la base de la ciencia; y sobre todo, en que los seres humanos hemos venido al mundo para amarnos y ayudarnos unos á otros. Entonces, cuando esto ocurra en Francia, cuando el niño francés tenga en su alma los gérmenes del trabajo, del arte, de la ciencia, del amor, Francia vivirá eternamente, porque representará el ideal del mundo que nace.

Octavio Mirbeau.

CUENTOS SOCIALES

LA JUSTICIERA

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fué un déspota fanático y sanguinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia á hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón.

Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuido á fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura á hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de los rígidos antecesores. Todos habían faltado á su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen, la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad é integridad de sus jueces hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría á los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola con los infelices, pero inflexible con los que atentaban al bienestar de los demás.

Una mañana llegó á un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el circo verdoso de feraces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos debían ser felices.

Las gentes del pueblo salieron á recibirla, y colocándola en una litera, previó su consentimiento, la llevaron á la plaza, frente á la iglesia, donde habían construido, con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó á todos los que tuviesen agravios ó quejas que exponer qué se dirigiesen á la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres ó mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decían: «mi campo,» «mis frutos.» La reina intentó reconciliar los intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba á retirarse cuando reparó que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba á un desgraciado harapos, delgado, lívido, que todos á su paso saludaban con golpes é insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populacho, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimen del sujeto que tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaban hacia el trono, y á un mismo tiempo pusieron á hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde muchos años ha, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos limpia nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le ha llevado hasta allí, acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos.»

—¿Por qué tomas lo que no te pertenece?—le preguntó severamente la reina.—¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: «No robarás?»

Iba á contestar el desgraciado, y al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el harapos un sér obstinado en el mal y decidió condenarle á tres meses de calabozo. Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte, la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar á un pequeño llano que dominaba la villa, vió á lo lejos un gentío inmenso que gritaba desahoradamente, persiguiendo á un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus perseguidores á la cumbre de una pequeña colina, á la luz de los rayos del sol, la reina vió que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces que agitaban furiosamente.

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó á los pies de un caballo de los del regio cortejo, y los soldados avanzaron á contener la frénética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo y al fijarse en él lo conoció; era el ladrón que tres meses antes había condenado. Entonces ordenó que lo levantaran y dirigiéndose á sus perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable; el griterío fué tal, que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba á repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

—¿Preguntas cuál es el crimen de este hombre? Pues el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vió que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto tosco, con barba hirsuta, canosa, y tez tostada por el sol, con algo de desdén le dijo:

—Explicáte, buen hombre.

—Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este hombre, por orden tuya, fué encerrado en un calabozo; durante tres meses ha sufrido la sombría trizteza del lóbrego antro, el martirio de la falta de libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerlos. Entonces, el furor enloqueció á este desgraciado; y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que le llevó hasta tu tribunal. Hé ahí porqué esas gentes le persiguen; hé ahí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Luego yo no hice justicia!

El viejo pastor la oyó y dijo:

—Nadie puede administrar justicia á otro, y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho á ser justiciera, puesto que contribuyes á perpetuar el mal.

—¿Yo?—preguntó con viveza.

—Sí, tú; porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende á los poseedores de la riqueza; la que protege á los opulentos que te rodean; á los detentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejaste de pensar, cuando te presentaron á este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigaste diciéndole que nadie tenía derecho á apoderarse del bienestar de los de-

más, No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de la abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha porque ha causado la muerte á tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad é impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inicua y cruel de los segundos y la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pié á tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: «A buena hora.»

Bernard LAZARE.

Vuelapluma

DE BARCELONA

La burguesía puede estar satisfecha. Las fiestas de la Merced han pasado sin protesta, sin un eco, sin un grito viril salido del pueblo, del verdadero productor, que trabaja, paga y no come. La prensa puede estar orgullosa; ella podemos decir es la que las ha patrocinado, en sus columnas solo hemos encontrado estos días de guerra sandeces y mogijaterías impropias de periódicos serios y avanzados.

Las dos, prensa y burguesía, se han unido y confabulado y como mujerzuelas cursis ó histéricas han procurado disfrazar á la ciudad engalanándola con trapos de múltiples colores, procurando cuidadosamente esconder los pingajos y la miseria. ¡Pobre Pueblo!

Con asco hemos contemplado tu pasajera alegría y hemos maldecido una y mil veces tu ignorancia. A son de bombo y platillo, tus verdugos han querido distraerte y lo han conseguido malgastando unas miserables pesetas con músicas y hojarasca; pesetas que si las hubieses reclamado en una huelga, porque te las han quitado y son tuyas, te habrían enviado por toda contestación la guardia civil para ametrallarte.

¡Cuanta ignorancia y porquería! Las fiestas de Barcelona podemos afirmar que han representado la hipocresía, la estupidez, el timo en grado máximo y ahora esa tapadera ó alcahueta conocida vulgarmente por prensa de gran circulación puede venir con la cantinela de que ha reinado alegría y orden, que nosotros, los obreros revolucionarios, los que amamos y queremos gozar debidamente de la vida parodiando á Babent le contestaremos: «Preferimos la discordia que una horrible concordia donde hay seres humanos que acorralados por la miseria, mueren de hambre.»

Samuel Torner

DINERO

Palabra mágica, ante la cual inclinan su cerviz Papas, Emperadores, Reyes, Obispos, cortesanos y esclavos.

El dinero, tal como están hoy las cosas, es la base principal de toda industria, de todo adelanto; sin él nada es posible.

El obrero en la actual sociedad es un autómatá movido por obra y gracia de la moneda del capitalista.

Este, un sér ambicioso, gran observador de todo lo que signifique negocio, ha notado que el dinero juega en el mundo un papel de gran importancia y como ha experimentado que el obrero es una esponja humana que bien estrujada destila sangre que en manos de esos traficantes se transforma en oro, no tiene reparo alguno en estrujarla cuanto

puede y de esa manera vanse acumulando fabulosas fortunas.

Con estos capitales se han ido formando esos grandes *truts* que tanto abundan en América y que son empresas monopolizadoras de una industria, que hacen juguete de su explotación a miles de miles de obreros cuyo único delito es el haber nacido pobres.

La esclavitud de los negros abolióse hace muchos años; la de los blancos continúa hoy en pleno siglo XX en minas y talleres.

Estas colosales compañías parecen invencibles, á primera vista, y que cualquier obrero que se pusiese en contra de ellas resultaría ridículo, puesto que vendría á ser una lucha entre un elefante y una hormiga. Pero, mirado con tranquilidad, no es tan difícil como parece el destronarlas y ésto se realizará el día en que los obreros sigan el tan conocido lema de solidaridad: *Uno para todos, todos para uno*, y proclamando los derechos iguales para todos los hombres, quiten de enmedio esa tan apreciada moneda.

Entonces puede que no se vean las mil iniquidades que vemos hoy.

Sale un trabajador un poco instruido; estudia mucho; en su imaginación dá forma á una máquina, pero no puede construirla, por falta de recursos; cuenta el caso á un propietario pidiéndole protección pero éste lo que hace es explotarle el invento. ¿Todo esto por qué? Por el dinero, por el afán del lucro.

Quevedo, el gran satírico, ya nos lo dijo, en su tiempo «poderoso caballero es D. Dinero» y el gran Napoleón al ser preguntado sobre que elementos eran los más indispensables para hacer la guerra respondió «dinero, dinero y dinero» de modo que desaparecido éste muy natural que las guerras desaparecieran.

Cada día leemos en periódicos, noticias de robos, crímenes y otras atrocidades. ¿Por qué son todas? Por la moneda. Un hombre muerto de hambre se atreve á pedir limosna y se la niegan; pide trabajo y no quieren dárselo; y cuando, desfallecido, repara un escaparate de una casa de cambio, lleno de monedas de oro y billetes, y él, sin un cuarto y con hambre, rompe el cristal que lo separa del dinero y se apodera de él, la autoridad lo coje como ladrón, lo encierra y no considera que entonces es cuando aquél hombre es feliz, porque allí le dan de comer, cosa que el público le negaba. Si el oro no tuviese valor, aquel hombre no robaría, ni necesitaría pedir limosna porque no faltarían sitios en donde ganar el sustento cotidiano.

Supongamos una mujer pobre; como es joven, siente la ambición de ir bien vestida, observa como las ricas de su edad lucen preciosos trajes y sombreros magníficos y no trabajan mientras ella, trabajando diez y seis horas diarias, apenas puede comprar una sencilla tela con que tapar aquel cuerpo de tanto valor y tantos encantos como el de las ricas. Un día se le acerca un rico y con promesas de vestidos y alhajas, logra seducirla; ella, débil como la mayoría de mujeres, ante aquellas tentadoras promesas, cae en el lazo y aquella mujer que en una sociedad bien organizada en que hubiese tenido los mismos derechos que las demás hubiera sido una buena madre ó una amante y cariñosa compañera, se convierte por obra y gracia del dinero en una pecadora.

Con lo explicado sobra para demostrar que la moneda es la causa de robos, crímenes, deshonras y guerras.

Ya que la humanidad lucha por tantas cosas que luce por una más y quite de enmedio de una vez ese cebo del pecado.

Máximo C. González.

Mahón, y Septiembre 1902.

El dinero representa el trabajo. Sí, representa el trabajo, pero ¿de quién?

No muere el hombre

No muere el hombre al parecer que ha muerto, no muere el día en que sus ojos cierra, en que lo cubre inanimado, yerto, sin sol, sin aire, la callada tierra.

Muere á pedazos y en diversos años: cuando de amor el juvenil tesoro se agota en inexpertos desengaños; cuando se van las ilusiones de oro.

Muere al sentir la duda y su veneno, al buscar la razón del hondo arcano, al borrar las creencias de su seno, al ver que todo en la existencia es vano.

Muere mil veces en los tristes días en que abandona nobles ideales, y en que son sus ensueños y alegrías orgullos, vanidades y caudales.

Muere en el alma, por mitad ha muerto cuando hombre grave, burlador del niño, siente su pecho del amor desierto, incapaz ya de virginal cariño.

Muere en el cuerpo cuando llega al vicio y esclavo se doblega á las pasiones, cuando niega al pudor y el sacrificio, menguado en su palabra y sus acciones.

Muere, agoniza, cuando el hondo hastío, el propio, el invencible descontento, de la humana justicia eco sombrío, lo arroja á la ebriedad y al aislamiento.

Muere, sucumbre, cuando infame explota con apostura y voz de caballero al pariente, al amigo, al compatriota, y vende hasta su mano por dinero.

Muere, es cadáver, rígido y helado cuando joven nacido en la opulencia, halla que vive el padre demasiado, que se demora la anhelada herencia.

Muere, es carroña vil que se agusana cuando en lujos, caprichos y placeres consume su caudal, la fuerza humana, con abyectos amigos y mujeres.

Muere, es la hueca, innoble calavera marcada por la bala del suicida cuando muestra la faz torva y severa las huellas de la crápula escondida.

Y muere, es polvo que arrebató el viento cuando esculpido en mármoles su nombre no despierta en el alma el sentimiento de gratitud, que dignifica al hombre.

Línea 16 Junio 1902.

Por el Grupo «Verdad y Progreso»

LA GUERRA

(De *Le Reformiste*.)

La guerra es el más grande de los crímenes. Las guerras sólo del siglo XIX han causado la muerte de quince millones de hombres en los países llamados civilizados de Europa y América.

Todas esas guerras han sido ocasionadas por la ambición de algunos gobernantes ó por la codicia de un pequeño número de explotadores, como los grandes capitalistas ingleses, que hicieron la guerra á Napoleón para apoderarse de las colonias francesas, como Napoleón que atropelló la Europa para satisfacer su orgullo, como los dueños de esclavos que tomaron las armas en los Estados Unidos para enriquecerse con el trabajo de éstos últimos, etc.

Pasad revista á todas las guerras y encontraréis siempre alguna injusticia nacida del amor á la gloria ó al dinero.

Mortífera en sus efectos, inmoral en su origen, la guerra es corruptora en la práctica, porque excita al asesinato durante la batalla, y al pillaje, al robo y al incendio después de la victoria.

Esceptuando á los soldados-ciudadanos de la Revolución francesa, todos los ejércitos de todos los tiempos y de todos los países se han deshonrado por sus excesos. Recordemos la conducta de los prusianos en 1870, la de los franceses en el Palatinado bajo Luis XIV, la de los europeos en la reciente campaña de China, etc.

La historia íntima de las guerras es el desenfreño de los peores instintos de la *bestia humana*.

La guerra es ruinosa. Actualmente, la *paz armada* se traga en Europa ocho mil millones todos los años. Ocho mil millones de francos empleados en obras de muerte, y que podrían hacer tanto bien á los ancianos, á los inválidos, á los huérfanos, á los enfermos, á los obreros sin trabajo, á todos los que sufren.

¡Cuántos trabajos públicos podrían emprenderse con ocho mil millones!

Además, cuatro millones de jóvenes pierden en el cuartel tres de sus mejores años, durante los cuales podrían producir dos mil millones de francos de cosas útiles á la vida.

La guerra es, pues, el mayor castigo al mismo tiempo que el mayor crimen.

Por otra parte, cada hombre se pertenece á sí mismo, es autónomo, porque está dotado de razón, de conciencia y de libertad; cada nación es autónoma, porque está formada de hombres libres.

Las naciones tienen pues el deber estricto de respetarse mutuamente en su vida, en su libertad, y en sus bienes. Deben conducirse entre sí como las personas honradas y la moral internacional debe ser la misma moral social.

Se ha considerado la guerra legítima cuando se hace para restablecer el derecho que ha sido violado. Pero debe considerarse que toda guerra causa la muerte de miles de inocentes que no han tomado ninguna parte en la violación del derecho.

Si los franceses hiciésemos la guerra para reconquistar la Alsacia-Lorena, condenaríamos á muerte por lo menos á quinientos mil individuos que no son de ninguna manera responsables del crimen cometido en 1871 por Bismark y Guillermo.

Además que ¿á dónde iríamos á pasar por este camino? El vencido querrá siempre tomar su *revancha*, aunque sea ilegítima, y así se perpetuaría el reinado del crimen y de las ruinas.

El mayor interés de las naciones está en no hacerse solidarias con los malechores que las llevan á la guerra.

En cuanto al «patriotismo», no puede consistir sino en el amor racional á sus conciudadanos. ¿Es amar á sus compatriotas arruinarlos y enviarlos á hacerse matar?

No digais que si cesasen las guerras desaparecería el valor de entre los hombres. Mejor pudiera emplearse en las epidemias, en los incendios, en las catástrofes, y más comunmente en la vida diaria, en la lucha contra las enfermedades, contra la miseria, contra la ignorancia.

El pan nuestro.....

Dice la oración más humana de la religión de Cristo. El pan nuestro de cada día, danosle hoy. No dice el pan de cada día, sino el pan nuestro.

¡Nuestro! ¿Habeis meditado, fariseos, sobre el sentido de esta palabra? Nuestro; es decir que el pan de nuestra mesa no sea el que falta en la mesa de los demás, que sea el nuestro adquirido en justicia sin menoscabo del pan ajeno. Y si así no fuere, si el pan de vuestra mesa, ricos y poderosos de la tierra, no es verdaderamente vuestro, de nada os servirá que repartais las sobras por caridad, si antes no habeis dado lo que es de justicia.

Jacinto Benavente

LAS VERDADES

Un inocente

Cuando las decimos nosotros causan escándalo en los fariseos. Pero también ellos, los conservadores y reaccionarios, saben calificar acertadamente las demasías autoritarias, cuando contra ellos se dirigen.

He aquí unos párrafos que nuestro compañero Jaime Vidal, de Barcelona, aprovecha para un sabroso artículo. Son de *Las Noticias* de dicha capital con motivo de una denuncia que ha sufrido por publicar varios artículos contra Moret. Habla el diario burgués:

Nosotros! ¡Qué importa lo que de estas persecuciones salga en nuestro daño, si no hay cárceles bastante fuertes para encerrar la idea, si la opinión es más libre en las bocas amordazadas y si cuando se encadena al hombre se justifica su causa! Ni libres, ni encarcelados, podrán variar nuestro pensamiento, justicieramente hostil á quien nos persigue.

Podrán encarcelarnos, pero no podrán llevar á la cárcel á todo un pueblo, en el que nuestra palabra es semilla....

Póngase pues á la verdad en la picota. Achaque de todos los tiempos, de todas las edades ha sido este. La ley la hacen las mayorías y eternamente la razón y la verdad han estado de parte de los menos, de los oprimidos, de los vejados, de los que sufren persecución por la justicia.

Persigase, pues á la verdad en nosotros: la verdad es invencible; la verdad se alzaré en el porvenir como fantasma victorioso de un pasado de opresión y de ultraje.

¿Qué tal? ¿Qué diría *Las Noticias*, si estas palabras las hubiesen escrito los obreros perseguidos y presos en las cárceles de Barcelona.

Pero aún hay más. A todo hay quien gane.

El record de los insultos al gobierno lo han batido los católicos franceses con motivo del cierre de las escuelas que no han querido sujetarse á la ley común. Y los periódicos católicos españoles, no queriendo ser menos, dicen cosas tan bonitas como estas, que hemos leído en *El Siglo Futuro*:

Entre los incidentes á que ha dado motivo la clausura de las escuelas congregacionistas de Francia, hay uno que ha debido ser en extremo penoso para los verdaderos patriotas y los verdaderos amantes de la gloria militar: la intervención del ejército en el cierre de algunos establecimientos de enseñanza. Así no aumentará el brillo de su historia. Esa página es una página triste. Si el general André, ministro de la Guerra, no fuese tan furibundo sectario, en vez de comunicar órdenes para que el ejército hiciera oficios de policía, se hubiera opuesto enérgicamente á mezclarle en una campaña, que no es de soldados, sino de esbirros. Pero la pasión sectaria es capaz de eso, y de mucho más, y la república, que impuso al ejército la humillación de *Faschoda*, le impone ahora la vergüenza de esa campaña.

Refiere luego el hecho del teniente coronel francés Saint-Remy, que, cuando le comunicaron la orden de salir con su regimiento para hacer armas contra la muchedumbre y auxiliar á la policía encargada de cerrar unas escuelas, se negó á cumplir tal cometido y después de muchas alabanzas añade:

Su nombre pasará á la historia y figurará entre los más gloriosos del ejército francés, en el cual apenas se ha levantado ninguna voz para saludar á ese fiel soldado de Cristo, y de Francia. Sin embargo, el ejemplo del teniente coronel Saint-Remy debía enorgullecer á sus compañeros, porque denota aquel fondo de heroicidad y abnegación, sin el cual no hay nobleza en la profesión de las armas, y se diferencian muy poco el pirata y el soldado.

¿Qué hubiera pasado si nosotros hubiésemos dicho algo semejante á propósito de la intervención del ejército en la huelga general de Barcelona, ó en otras muchas huelgas, donde se ha derramado la sangre de indefensos obreros que defendían algo más justo y más sagrado que las escuelas francesas que no quieren someterse á la misma ley que las otras escuelas de la nación?

Así debiera firmar sus escritos el que llevó á *El Liberal* del lunes el artículo titulado «Un desahogo.»

Porque es muy inocente eso de meter á los socialistas y libertarios en las contiendas entre los concejales de la mayoría y el alcalde de real orden.

No son los socialistas ni los libertarios los que tienen la culpa de que los republicanos votaran al Sr. Victori, poniéndole en disposición de ser alcalde y de cometer los atropellos que ahora los republicanos lamentan. Fueron los mismos republicanos precisamente los que le votaron.

De modo que si hay aquí alguien que haya hecho el juego á los reaccionarios, no somos nosotros seguramente.

Tiene razón el anónimo articulista en decir que en vista de la conducta de los que ejercen autoridad, «nada tiene de extraño que de todas las agrupaciones políticas se vayan apartando diariamente fracciones más ó menos numerosas, cansadas de tanto despotismo, para ingresar en las filas de libertarios y socialistas, dejando expedito el campo electoral.» En efecto, no tiene nada de extraño; pero entonces ¿porqué se extraña el articulista?

¿No es más práctico dejar «expedito» el campo electoral que votar alcaldes como el que en esta ciudad padecemos?

Quéjense de si mismos los que tal han hecho, y déjense en paz á los libertarios y socialistas, que ninguna participación han tenido en estos enredos, porque ya saben lo que puede esperarse de las faras electorales y de los alcaldes de real orden.

En *El Obrero Balear* hemos visto una que suponemos errata, sobre la que llamamos la atención del apreciable colega, para que pueda, si gusta, corregirla.

La Federación local de sociedades obreras de Palma tiene establecido un Centro Instructivo de Enseñanza cíclica, dividida en tres grados, y al anunciarse la reapertura de clases para principio de Octubre, incluye entre las asignaturas del grado elemental la de Historia Sagrada.

Aquí debe haber algún error, pues no creemos que los obreros palmesanos quieran instruir á sus hijos enseñándoles que Josué paró el sol, ni que quieran moralizarlos con el ejemplo de Lot y su familia.

De las fiestas

Barcelona, la ciudad fuera de la ley, en pleno estado de sitio, y sin eso que llaman garantías constitucionales, está de fiestas.

Los asesinatos de Febrero, las persecuciones y encarcelamientos, la opresión obrera en general y la mordaza que pesa sobre la prensa, no significan nada. Ha sido necesario demostrar que Barcelona está muy satisfecha y que vive en el mejor de los mundos, y la burguesía, que á todo atiende, al mismo tiempo que provoca á los obreros y los hace asesinar en las calles por sus esbirros, organiza grandes fiestas para que se distraiga el pueblo con el brillo de las iluminaciones, los colorines de las banderas y los grotescos adornos, arcos, escudos, monigotes, gigantes, cabezudos y demás alimañas de carton pintarragado.

Pero, á escepción de unos cuantos infelices degenerados, venidos de fuera para ejecutar costumbres ridiculo-tradicionales y que por una peseta se ponen denigrantes disfraces, el obrero, el bajo pueblo, no toma parte en estas mascaradas.

Los obreros saben perfectamente lo que son y lo que significan. Saben que eso de las fiestas es además un cebo echado á los forasteros para que se dejen caer y desplumar á cambio de espectáculos estúpidos é inmorales, pagando á seis lo que vale uno

y endosándose toda la porquería que la burguesía guarda en sus almacenes.

Uno de los números más interesantes del programa de fiestas eran los batallones infantiles, habiendo fracasado la organización del de *infantería de línea* por no encontrarse soldados. Buena señal. Pero, en cambio, ha podido organizarse el de voluntarios de la *guerra de Africa*, habiendo hecho el simulacro de desembarco en el muelle, con su general Prim y todo, banda de cornetas, bandera, oficiales, clases y hasta cantineras; con su fusil los soldados y su espada los oficiales. Así en correcta formación fueron á saludar á las autoridades militares y civiles y la Diputación. ¡Qué asco!

Como es natural, tampoco han faltado notas filantrópicas, siendo de notar la de los burgueses metalurgistas que han ofrecido bonos á sus obreros sin trabajo. ¡Cuánta infame desvergüenza!

Mientras suenan las músicas, se disparan salvas y tienen lugar bailes y banquetes, el pueblo sufre crueles vejámenes; y allá, en el patio de los cordeleros, multitud de familias obreras y amigos entran á visitar á nuestros compañeros presos, víctimas de esa misma burguesía y autoridades que organizan mogigangas indignas para que sus infamias se olviden y pueden continuar cometiéndolas á mansalva.

Así está actualmente Barcelona, como se vé, con el orden más completo.

Barcelona 25 Septiembre 1902.

José Más-Gomeri

¿Dónde está Dios?

La agrupación «Los Incansables» ha acordado hacer una nueva edición económica de este conocido poema, que podrán poner al precio de 10 céntimos.

Nuestros corresponsales que quieren algún pedido, pueden hacerlo desde luego, y les descontaremos 4 céntimos por ejemplar.

LIBROS RECIBIDOS

De la «Escuela Moderna» de Barcelona nos han enviado dos nuevos tomos de su notable Biblioteca. COMPENDIO DE HISTORIA UNIVERSAL por *Clemencia Jacquinet*.

Tomo I.—Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.—Edición para Escuelas y propaganda, pesetas 1'60; id. para bibliotecas pesetas 2.

Tomo II.—Edad Media y Tiempos Modernos.—Edición para Escuelas y de propaganda, pesetas 2.—id. para bibliotecas pesetas 4.

El Tomo tercero contendrá de la Revolución Francesa hasta nuestros días.

COMPENDIO RAZONADO DE GRAMÁTICA ESPAÑOLA gradualmente ordenada por el experimentado maestro *Fabián Palasi y Martín*. Edición para las escuelas 2 pesetas.

Dirigirse á la Escuela Moderna, calle de Bailén, 70, principal, Barcelona.

ELS MALS PASTORS, per *Octavi Mirbeau*, traducció catalana de *Felipe Cortiella*.

Ya nuestros lectores tuvieron noticia del hermoso drama y de su representación en Barcelona por la crónica que oportunamente publicamos de nuestro amigo *Goyo*. Además pensamos reproducir alguna de las más interesantes escenas.

Publicado en elegante volumen, puede adquirirse dirigiéndose á su autor: Felipe Cortiella, librería «L'Avenc» Ronda de la Universidat 20, Barcelona.

El paquete de 10 ejemplares, certificado, 16 pesetas, un ejemplar, certificado, 2 pesetas. No se sirve ningún pedido que no vaya acompañado de su importe.

FEDERACION DE OBREROS DE MENORCA

Hoy sábado 4 de Octubre, se celebrará Junta general ordinaria.

Se suplica encarecidamente la asistencia.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón